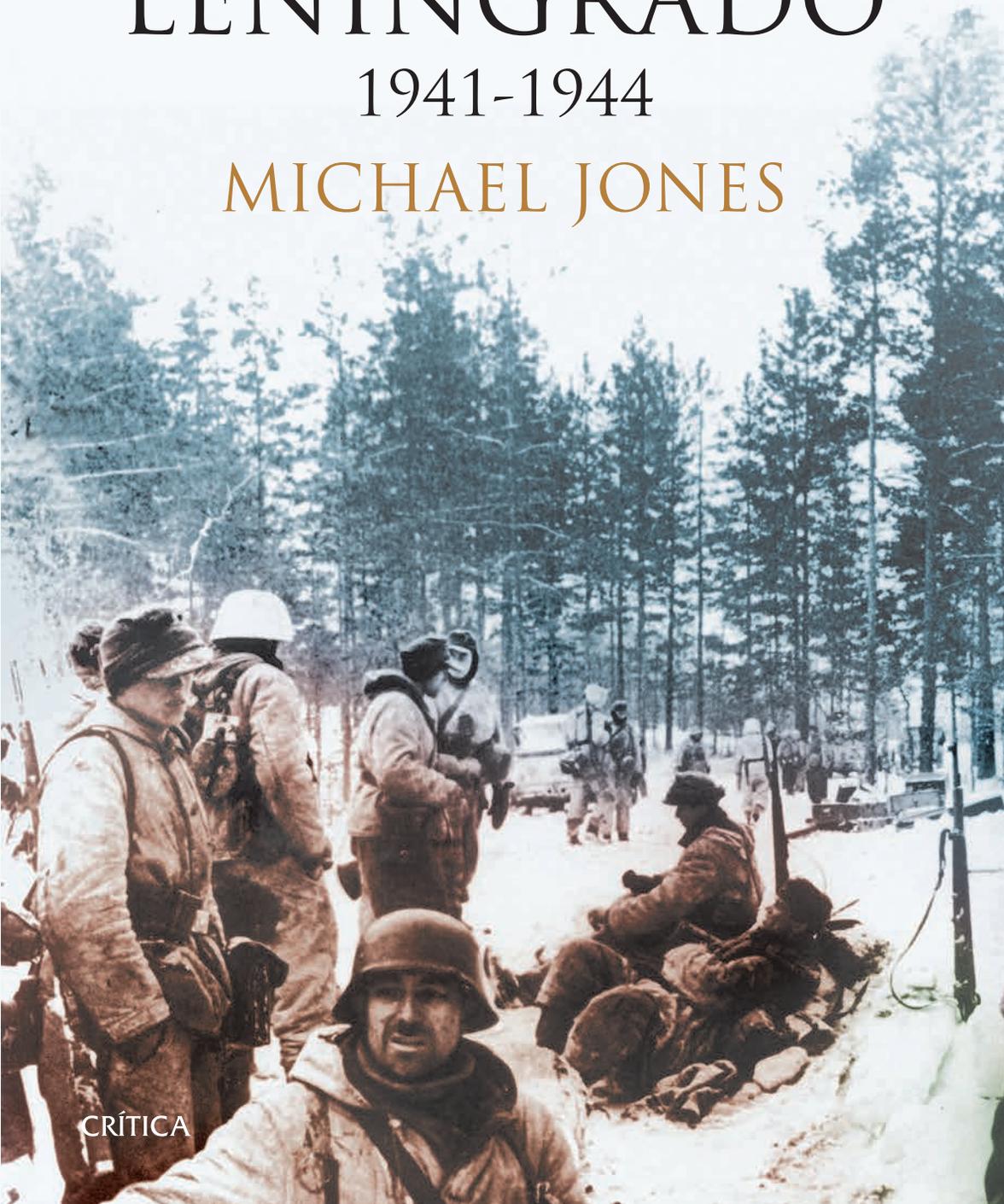


# EL SITIO DE LENINGRADO

1941-1944

MICHAEL JONES



CRÍTICA

MICHAEL JONES

EL SITIO  
DE LENINGRADO,  
1941-1944

Traducción castellana de  
Joan Trujillo

CRÍTICA  
BARCELONA

Primera edición: octubre de 2008

Primera edición en esta nueva presentación: noviembre de 2016

*El sitio de Leningrado. 1941-1944*

Michael Jones

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)

si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Leningrad. State of Siege*

© Michael Jones, 2008

*Leningrad. State of Siege* was first published in the English language by John Murray Publishers

© de la traducción, Joan Trujillo, 2008

© Editorial Planeta S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

[editorial@ed-critica.es](mailto:editorial@ed-critica.es)

[www.ed-critica.es](http://www.ed-critica.es)

ISBN: 978-84-16771-27-1

Depósito legal: B. 20.755 - 2016

2016. Impreso y encuadernado en España por Book Print Digital

# Índice

---

<i>Prólogo</i> .....	9
<i>Preliminares</i>	
<i>Cronología</i> .....	15
<i>Raciones de pan</i> .....	18
<i>La ciudad de Leningrado</i> .....	20
<i>Líneas de sitio</i> .....	21
Introducción .....	23
1. «Un método casi científico»	
<i>El avance alemán</i> .....	33
2. «El mayor saco de mierda del Ejército»	
<i>Tentativas de defensa</i> .....	69
3. El gancho del carnicero	
<i>La experiencia de los ciudadanos de a pie</i> .....	105
4. La sogá	
<i>El bloqueo no cede</i> .....	133

5. El cuaderno de Elena	
<i>El comienzo del horror</i> . . . . .	167
6. La abortista	
<i>Los estragos de la hambruna</i> . . . . .	200
7. Una boina negra	
<i>Las autoridades pierden el control</i> . . . . .	231
8. El camino de la vida	
<i>Un rayo de esperanza</i> . . . . .	250
9. La sinfonía	
<i>El deseo de sobrevivir</i> . . . . .	268
10. Operación Centella	
<i>La victoria militar</i> . . . . .	292
11. Algo necesario	
<i>Se levanta el asedio</i> . . . . .	307
<i>Epílogo</i> . . . . .	323
<i>Notas</i> . . . . .	329
<i>Bibliografía</i> . . . . .	339
<i>Índice alfabético</i> . . . . .	343
<i>Lista de ilustraciones</i> . . . . .	357
<i>Índice de mapas</i> . . . . .	359

## «Un método casi científico»

### *El avance alemán*

Estaba siendo un turno de noche tranquilo para el operador de señales Mikhail Neishtadt en el cuartel general del distrito militar de Leningrado, pero, de repente, justo antes de las 4.00 de la madrugada del 22 de junio de 1941, el telégrafo cobró vida. Desde el cuartel general del Ejército Rojo llamaban «urgentemente a consultas» al máximo dirigente militar de Leningrado. Neishtadt se quedó perplejo. Era obvio que algo sucedía, pero ¿qué? El comandante en jefe ni siquiera estaba en la ciudad aquella noche, por lo que decidió llamar a su Jefe del Estado Mayor.

Al oficial del Estado Mayor no le gustó nada que lo despertasen y llegó al cuartel de un humor de perros cuarenta minutos más tarde. «Mejor que sea importante», gruñó. Había llegado un segundo telegrama, y Neishtadt se lo pasó. Se componía de una sola frase: «Tropas alemanas han cruzado la frontera de la Unión Soviética». Había comenzado la operación Barbarossa: la invasión de Rusia por las fuerzas de Hitler.

«Fue como una pesadilla —dijo Neishtadt—; queríamos desesperadamente despertarnos y que todo hubiese vuelto a la normalidad.» Nadie acababa de creer que Alemania les estuviese atacando. Después de todo, ambos países habían firmado un tratado de paz, y Hitler estaba librando una guerra contra Gran Bretaña por el oeste. A las 5.20 de la madrugada, el mariscal Timoshenko, comisario de Defensa de la Unión Soviética, dio las primeras directivas. «Prepare-

mos las tropas para la guerra, pero no entremos en la confrontación», dijo cautamente. Luego, esforzándose por dominar sus emociones, repitió varias veces: «No tenemos que entrar en provocaciones. Nuestros soldados no deben devolver el fuego bajo ninguna circunstancia».

Al oír estas palabras, Neishtadt sintió que un escalofrío recorría su cuerpo. «El mando supremo de nuestras fuerzas no entendían qué estaba pasando», admitió.

Aún bajo los efectos del *shock*, habían decidido que nuestro ejército —que estaba sufriendo un ataque demoledor— no tenía que responder. Vista en perspectiva, esta reacción fue claramente una estupidez, pero creíamos que de alguna forma aquello quedaría en nada. Mi turno tenía que terminar a las ocho de la mañana, pero las autoridades municipales nos tuvieron encerrados en el edificio hasta mediodía. En aquellas primeras horas horribles, no querían que nadie se enterase de la invasión alemana; se asieron a la vana esperanza de que fuera algún tipo de malentendido que aún tuviera solución.

Sin embargo, pronto quedó claro que no se trataba de ninguna disputa fronteriza sin importancia, sino de un asalto colosal: tres millones de soldados alemanes y miles de tanques y aviones avanzaban por un frente de más de 2.500 kilómetros de longitud que corría desde el mar Negro hasta el Báltico. «Alrededor nuestro resonaba una cascada de explosiones», recuerda Wilhelm Lubbeck, soldado de infantería de la Wehrmacht. «Nuestra artillería efectuó un bombardeo breve, pero devastador, sobre las posiciones enemigas, y los fogonazos de los estallidos iluminaban todo el horizonte del este. Luego, al alba, desde el cielo comenzó a llegar un zumbido incesante. Hacia el este pasó una oleada de aviones tras otra: Heinkels y Junkers, Stukas y Messerschmitts.» Luego Lubbeck oyó algo distinto. Un rumor fuerte y profundo sacudió el suelo a su alrededor. Centenares de motores de carros blindados se ponían en marcha. Los panzers comenzaban a avanzar.

Tan sólo hacía unos días que a la unidad de Wilhelm Lubbeck habían llegado órdenes que anunciaban que «la invasión de Rusia era inminente». Las tropas fueron concentradas en Prusia Oriental cerca de la localidad de Tilsit, donde un siglo y medio antes el emperador

francés Napoleón y el zar Alejandro de Rusia celebraron sus frustradas negociaciones de paz; al parecer, las conversaciones que mantuvieron fueron cordiales, pero quedaron en nada porque, en 1812, Napoleón emprendió una invasión a gran escala. Ahora comenzaba otra invasión no menos gigantesca. «Los movimientos de las últimas semanas apuntaban a que podía ser inminente un ataque contra la Unión Soviética —recuerda Walter Stoll, soldado de infantería—, pero cuando sucedió, apenas podíamos creerlo.» Se ponía en marcha una vasta cadena de acontecimientos.

Era un momento que el Führer llevaba mucho tiempo esperando. A las tres de la madrugada del 22 de junio, una hora antes de que empezara el ataque, se leyó su orden del día a la tropa:

Soldados del Frente del Este, tras muchos meses de obligado silencio y grandes pesares, al fin puedo hablaros abiertamente. En este preciso momento está teniendo lugar una acumulación de fuerzas militares sin igual en la historia ... Vais a entrar en acción para salvar a toda la civilización y la cultura europea. Soldados alemanes, estáis a punto de entrar en una batalla dura y crucial. El destino de Europa, el futuro del Reich alemán, la existencia de nuestra nación están enteramente en vuestras manos.

La invasión se había ocultado a los soldados del frente, pero Hitler llevaba muchos meses planificándola. Justo antes de la segunda guerra mundial, Alemania y la Unión Soviética firmaron un tratado de no agresión, una alianza de conveniencia que les permitió llevar a cabo la brutal partición de Polonia antes de que Hitler dirigiera su atención a la guerra en Europa Occidental. Pero Nicolaus von Below, ayudante del Führer, recordó que en otoño de 1939, poco después de firmar el tratado, el dictador alemán dijo que la guerra en el oeste no era más que una breve distracción, «para que no lo apuñalaran por la espalda cuando entablase su confrontación decisiva contra el bolchevismo».

En julio de 1940, Hitler comenzó a informar sobre estos planes a los dirigentes militares. Ordenó a un pequeño equipo encabezado por el general Friedrich Paulus que estudiase cómo podía emprenderse la invasión y le informase de sus conclusiones. Aquel verano, el Führer

ordenó la construcción de un gran complejo militar entre los bosques de Prusia Oriental, cerca de la ciudad de Rastenburg. Se camufló como una fábrica química, pero en realidad constituía un extenso laberinto de oficinas, búnkeres y salas de reuniones. Hitler ya había decidido llamar la Guarida del Lobo a aquellas instalaciones que estaban destinadas a ser el cuartel general de su rapaz campaña hacia el este.

A principios de diciembre de 1940, el equipo de Paulus presentó sus informes y los preparativos cobraron empuje. El 18 de diciembre el Führer firmó una directiva para aquella operación secreta que debía «aplantar a la Unión Soviética en una rápida campaña».

El grandilocuente nombre en clave elegido, «Barbarossa», era una referencia deliberada al emperador alemán del siglo XII que lanzó una cruzada contra los eslavos. Ahora, Hitler lanzaría su propia cruzada de la era moderna contra el bolchevismo. El pistoletazo de salida sería el 22 de junio de 1941, y Joseph Goebbels guardó constancia de una conversación sobre ello con su líder. «El Führer estima que la operación durará cuatro meses», anotó, confiado. «Yo calculo que menos. El bolchevismo se vendrá abajo como un castillo de naipes.» Hitler detestaba aquella ideología rival, el comunismo, desde hacía mucho tiempo. Ya en *Mein Kampf* declaró creer que tenía la misión de guiar a Alemania de la miseria hasta la grandeza mediante la creación de una comunidad aria racialmente pura. Para salvaguardar esta comunidad, su objetivo a largo plazo consistía en destruir el comunismo soviético y liberar *Lebensraum*, espacio vital, para el pueblo alemán por medio de la conquista de las tierras eslavas del este. En *Mein Kampf* se describía al bolchevismo como parte de una conspiración judía internacional, en alianza con una cultura eslava primitiva que Hitler despreciaba y temía al mismo tiempo. Por eso creía que la guerra contra Rusia era absolutamente necesaria para la supervivencia del pueblo germánico.

Esta profunda convicción y el prejuicio lleno de odio que la acompañaba se hallaron siempre detrás de la política exterior del Führer. La firma de un tratado con la Unión Soviética tan sólo podía ser una medida temporal, una estratagema para ganar tiempo, antes de acometer sus grandes planes. En una pequeña conferencia celebrada el 22 de agosto de 1939 —el día antes de que su ministro de Asuntos Exte-

riores Ribbentrop volase a Moscú para suscribir el pacto de no agresión— en su refugio de las montañas de Baviera, el Berghof, Hitler habló a sus seguidores con una confianza consumada: «No hay tiempo que perder. La guerra tiene que llegar. Este pacto sólo es para ganar tiempo. Tenemos que aplastar a la Unión Soviética».

Cuando Hitler informó a su cúpula militar unos dieciocho meses después, fue bastante más circunspecto. 1940 había sido un año de victorias gloriosas, pero Gran Bretaña no había sido doblegada y el Führer estaba pidiendo a la Wehrmacht que librara una guerra en dos frentes. Sabedor que esta perspectiva no sería en absoluto del agrado de, al menos, algunos miembros de la cúpula militar, concibió una justificación militar para Barbarossa sirviéndose de un inteligente engaño: dijo que la propia Unión Soviética planeaba romper el tratado y atacar a Alemania, por lo que era vital adelantarse. Los miembros del generalato que se identificaban con la ideología nazi comprendieron rápidamente sus verdaderos motivos y los abrazaron con entusiasmo. Entre ellos destacó el comandante general Georg von Küchler, comandante del 18.º Ejército de la Wehrmacht. El 25 de abril de 1941, Küchler declaró a sus jefes de división:

De Rusia nos separa un profundo abismo ideológico y racial. Rusia es, ya sólo por la inmensidad de su territorio, un estado asiático. El Führer no desea pasar a una generación posterior la responsabilidad de la existencia de Alemania; ha decidido forzar el enfrentamiento con Rusia antes de que termine el año. Si Alemania desea vivir en paz durante generaciones, a salvo del amenazador peligro del este, no puede limitarse a obligar a Rusia a retroceder un poco, ni siquiera centenares de kilómetros, sino que el objetivo debe ser la aniquilación de la Rusia europea para disolver el estado ruso en Europa.

A sus 66 años, Küchler era un miembro convencido del partido nazi y profesaba un odio fanático contra el comunismo. Fue oficial de artillería durante la primera guerra mundial y, al término de ésta, luchó en el Báltico como voluntario en el *Freikorps*. Aquellos soldados creían que les habían confiado una misión sagrada: combatir el comunismo. Hitler reconoció su causa común y promovió a Küchler a jefe del ejército; después, al estallar la segunda guerra mundial, le otorgó

un puesto clave para su ofensiva inicial: en 1939, Kùchler lideró a las tropas alemanas hasta Danzig, y en 1940 encabezó la invasión de los Países Bajos y Bélgica. Tras la caída de París, pasó revista triunfante a las fuerzas victoriosas de la Wehrmacht en los Campos Elíseos.

Ahora, en 1941, la atención de Hitler se volvía hacia el este y Kùchler y su 18.º Ejército se trasladaban a Polonia para observar cuidadosamente las fuerzas del Ejército Rojo destacadas al otro lado de la frontera. Instintivamente, Hitler percibió el odio visceral de su comandante hacia el enemigo. El 6 de junio de 1941 se redactó la famosa *Kommissarbefehl* (orden sobre los comisarios), que declaraba que —una vez que comenzase la invasión de Rusia— el Ejército tenía derecho a fusilar a todos los cuadros del Partido Comunista que encontrase en su camino. Kùchler apoyó la declaración con entusiasmo. «Los comisarios políticos son criminales», afirmó rotundamente. «Hay que juzgarlos y condenarlos a muerte. En una campaña en el este, se ahorrarán vidas alemanas y se facilitará el avance con estas medidas.» El boletín del Ejército de junio de 1941 vertió esta propaganda de incitación al odio sobre la soldadesca:

Quien haya visto alguna vez el rostro de un comisario rojo sabe cómo son los bolcheviques. Aquí no es necesaria ninguna reflexión teórica. Decir que estos torturadores —en su mayoría judíos— tienen rasgos faciales de animal sería un insulto contra las bestias. Son la personificación del infierno, del odio contra todo lo que tiene de noble la humanidad. En estos comisarios se puede presenciar la revuelta de lo subhumano contra la sangre pura.

En Barbarossa, Hitler reservaba una función especial para Kùchler y su 18.º Ejército: serían el ariete del asalto alemán contra Leningrado.

Cualquier fuerza invasora se habría fijado Leningrado como objetivo. La ciudad, que originalmente se llamó San Petersburgo en honor a su fundador, Pedro el Grande, nació en 1703 en el marco de la gran guerra septentrional que éste libró contra Suecia por el dominio del mar Báltico. Pedro arrancó la supremacía a la potencia rival y creó una pujante ciudad en la desembocadura del río Neva para mantener aquel acceso al que tanto le había costado lograr, y de esta forma do-

tar a Rusia de una «ventana al oeste». San Petersburgo fue un símbolo de esplendor imperial: se convirtió en la capital del imperio ruso y en un escaparate de su vitalidad política, administrativa y cultural. En 1918, el régimen revolucionario bolchevique de Rusia, que se enfrentaba a una peligrosa guerra civil, trasladó la capital a Moscú, pero esta gran ciudad del mar Báltico —cuyo nombre se cambió en 1924 por el de Leningrado— continuó albergando las principales fábricas de armamento del país y siendo la base de la poderosa Flota del Báltico.

Hitler supo entender la relevancia económica y militar de Leningrado, pero veía a esta ciudad ante todo como la cuna del bolchevismo y el centro neurálgico de la ideología revolucionaria que tanto aborrecía. Lenin fundó su Sindicato para la Lucha Obrera en San Petersburgo en 1895 y comenzó a introducir el socialismo marxista entre los trabajadores de la ciudad, que se convirtió en un hervidero de agitación contra la autoridad zarista hasta que, en octubre de 1917, fue el puntal de la revolución que dio el poder de Rusia a los bolcheviques. Un año más tarde se concibió en San Petersburgo el brazo militar del bolchevismo: la Guardia Roja, embrión del futuro Ejército Rojo.

Leningrado era un objetivo de primer orden para Hitler. La Operación Barbarossa conjeturaba un triple asalto sobre la Unión Soviética. El Grupo Sur de Ejércitos atacaría Ucrania con destino a Kiev, la región industrial del Donets y Crimea. El Grupo Centro de Ejércitos se abalanzaría sobre Minsk, Smolensk y, por último, Moscú. El Grupo Norte de Ejércitos se abriría paso por la región del Báltico y tomaría Leningrado. A pesar de que los tres grupos de ejércitos debían avanzar simultáneamente, la ofensiva estaba organizada en forma de secuencia; un factor crucial fue que se otorgó prioridad estratégica a la conquista de Leningrado sobre el asalto a la capital soviética, Moscú. El Führer y el alto comando alemán eran perfectamente conscientes de la gran importancia de la ciudad del Báltico.

Hitler eligió con sumo cuidado a los comandantes del Grupo Norte de Ejércitos. Junto al 18.º Ejército de Küchler colocó al 16.º del general Ernst Busch. Con 57 años de edad y, al igual que Küchler, nazi convencido, Busch había ascendido rápidamente en el esca-

lafón militar tras la llegada de Hitler al poder. Le gustaba recordar a sus hombres la visión del Führer de «una Gran Alemania nacional-socialista, unida, ferviente y con una voluntad de hierro en su lucha por el *Lebensraum*». La liza por el espacio vital iba a tener lugar en el este, y al comienzo de la operación Barbarossa declaró ante sus soldados: «Estoy seguro de que no sólo derrotaremos al enemigo, sino que lo destruiremos y, así, estableceremos las condiciones necesarias para la aniquilación total del sistema bolchevique».

Poco antes de poner en marcha la invasión, Hitler visitó el cuartel general del Grupo Norte y, ante sus comandantes y su Estado Mayor, hizo hincapié en la importancia crucial de su objetivo. «La caída de Leningrado privará al estado soviético del símbolo de su revolución —les dijo—, un símbolo que ha constituido un profundo sostén para el pueblo ruso durante 24 años. Los reveses en el campo de batalla minarán el espíritu de la raza eslava, pero la pérdida de Leningrado provocará un colapso total.» Era perfectamente consciente de cuál era la misión que aguardaba a estos soldados. Tendrían que recorrer una distancia considerable y se enfrentarían a fuerzas soviéticas dispersas a lo largo y ancho de una extensión inmensa, desde los países bálticos recién ocupados hasta las profundidades del antiguo corazón del imperio ruso. En este vasto territorio no iba a ser factible rodear al enemigo; tras abrir una brecha en las defensas soviéticas, el Grupo Norte de Ejércitos tendría que avanzar sin cesar y mantener suficiente impulso para impedir que el enemigo recuperase el equilibrio. Con estas previsiones en mente, el Führer pidió al mariscal de campo Ritter von Leeb que asumiese el mando general. En 1940, Leeb hizo añicos la tan cacareada Línea Maginot, la muralla fortificada supuestamente impenetrable de la frontera francesa. Ahora, Hitler quería que repitiese el triunfo con la Línea Stalin, el fuerte sistema defensivo levantado por el dictador soviético muchos kilómetros por detrás de la frontera. Esta cadena de búnkeres y bastiones de excelente construcción se erigía como el principal obstáculo en el camino hacia Leningrado.

Leeb era un oficial veterano; al inicio de la campaña rusa ya tenía 65 años. Había servido en China durante la rebelión de los bóxers y luego como oficial de artillería durante la primera guerra mundial, en la que fue condecorado por extrema valentía con la orden militar bá-

vara de Max Josef. Durante la ocupación de los Sudetes en 1938 lideró el 2.º Ejército alemán, y dos años más tarde, en julio de 1940, Hitler lo ascendió al grado de mariscal de campo y le concedió la prestigiosa Cruz de Caballero después de que sus tropas lograsen penetrar en la Línea Maginot gala. El Führer confiaba en la experiencia de Leeb y creía en su capacidad para coordinar la ofensiva septentrional y llevar a la práctica la estrategia pactada de avance rápido y constante. Para ayudar a Leeb y a los dos ejércitos que se hallaban bajo su mando —el 16.º y el 18.º— le otorgó también un Grupo Panzer compuesto por tres de las mejores divisiones acorazadas de la Wehrmacht y dotado del apoyo de tres divisiones de infantería motorizada y la división SS Totenkopf: la Cabeza de la Muerte.

Antes de alcanzar la Línea Stalin, Leeb tendría que enfrentarse a otra barrera totalmente natural: el río Dvina, que delimitaba la frontera entre los países bálticos de Lituania y Letonia. Durante el frenesí de los primeros días de la guerra, era vital tomar cabezas de puente rápidamente al otro lado de este ancho río y hurtar a los restos del Ejército Rojo la posibilidad de reagruparse tras él. Al inicio de Barbarossa, Leeb tomó una decisión acertada. Dividió sus fuerzas blindadas y mantuvo en la retaguardia un cuerpo de ejército de blindados para destruir la acumulación de carros soviéticos que amenazaba su avance desde cerca de la frontera, y mandó el otro cuerpo a la carrera hacia los pasos sobre el Dvina. El jefe de infantería motorizada Gustav Klintner se hallaba en uno de los destacamentos de vanguardia: «Aquellos días se caracterizaron por el calor, la mugre y las nubes de polvo. Casi no vimos al enemigo, aparte del convoy de prisioneros. Pero el paisaje había variado totalmente desde que dejamos atrás la frontera del Reich. Lituania fue un aperitivo de lo que íbamos a encontrar en Rusia: carreteras de arena desarregladas, grupos intermitentes de construcciones que, más que casas, eran cabañas».

Aquí es donde encontramos por primera vez el desagrado instintivo de los alemanes por sus oponentes y su «primitiva» forma de vida. La unidad de Klintner mantuvo su rápido ritmo de avance y ya iba unos cien kilómetros por delante del principal grupo de ejércitos; los panzers viajaban a toda velocidad hacia el Dvina y los dos cruciales puentes que lo cruzaban, en Dvinsk, más de 270 kilómetros al este

de la frontera. Klinter recordaba de esta forma su acercamiento a esta localidad:

En el aire flotaba aquel olor putrefacto y omnipresente a quemado del campo de batalla, y todos los nervios y los sentidos comenzaban a detectar el hálito de la guerra. De pronto, todas las cabezas se volvieron hacia la derecha. El primer muerto de la campaña de Rusia yacía ante nuestros ojos como un espectro: un cráneo mongol aplastado en combate, un uniforme hecho jirones y un abdomen desnudo cercenado por esquirlas de obús. La columna se detuvo y luego apretó el paso; la imagen quedó atrás. Me recosté en mi asiento.

Mientras Klinter corría hacia el Dvina, el otro cuerpo de blindados de Leeb estaba a punto de embestir a la fuerza acorazada del Ejército Rojo. El mando soviético del noroeste había cometido la imprudencia de acumular todos sus carros de combate en un solo lugar demasiado cercano a la frontera. Los aviones de reconocimiento no tardaron en descubrir su ubicación, cerca de la pequeña localidad lituana de Raseinai. Allí estaban algunos de los tanques más potentes del Ejército Rojo, los KV-1 y los KV-2, unos monstruosos carros de 43 y 52 toneladas, respectivamente. Un tanquista alemán describió la tensión de aquel choque:

Los KV-1 y KV-2, con los que topamos allí por primera vez, eran impresionantes. Nuestra compañía abrió fuego a unos 800 metros, sin conseguir nada. Nos acercamos más y más al enemigo, que, por su parte, continuó aproximándose con indiferencia. Pronto estuvimos a entre 50 y 100 metros. Tuvo lugar un sensacional intercambio de disparos sin ningún éxito visible por nuestra parte. Los tanques rusos siguieron avanzando; nuestros obuses anticarro rebotaban sobre su blindaje.

A pesar de la potencia de las fuerzas rusas, es significativo que los alemanes venciesen en Raseinai, porque lo hicieron gracias a su profesionalidad. Concibieron un sistema para enfrentarse a sus adversarios consistente en utilizar conjuntamente todas las unidades, que se mantuvieron en comunicación a través de la radio. Los panzers pusieron marcha atrás y libraron una lucha titánica contra los rusos de la

siguiente forma: «Nuestro regimiento de blindados dio media vuelta y se retiró manteniéndose aproximadamente en línea con los KV-1 y KV-2. Conseguimos inmovilizar algunos disparándoles obuses desde muy cerca, entre 25 y 50 metros». A continuación, los alemanes atacaron a los gigantes soviéticos con la artillería, que dispuso los cañones horizontalmente para acribillar a bocajarro a los monstruos que avanzaban hacia allí. Destruyeron más de 200 tanques rusos, y 29 KV-1 y KV-2 súper pesados quedaron aniquilados en el campo de batalla. Habían aplastado al grueso de las fuerzas acorazadas soviéticas destacadas en los países bálticos, con lo que desaparecía toda amenaza contra el flanco del avance germánico.

Ahora, los pasos sobre el Dvina estaban al alcance de la mano de Leeb. A primera hora de la mañana del 26 de junio de 1941, su 8.<sup>a</sup> División Panzer avanzó a toda máquina por la carretera de Kaunas a Leningrado con los capitanes de tanque asomando por la escotilla de las torretas, prismáticos en ristre, entre el traqueteo de las orugas y el rugido de los motores diesel. Tras cubrir una asombrosa distancia de casi 300 kilómetros, se acercaban a las afueras de Dvinsk.

A cinco kilómetros de la ciudad, los tanques se detuvieron de golpe cuando los adelantó una extraña columna formada por cuatro camiones rusos capturados cuyos conductores vestían uniforme ruso. Se trataba de una unidad especial de la inteligencia militar alemana cuya misión consistía en entrar en la ciudad, tomar los puentes, impedir que los rusos los volasen y resistir hasta que los panzers pudieran unirse a ellos.

Los rusos no sospecharon nada. Cuando los camiones llegaron a los controles, los soldados les preguntaron a los conductores: «¿Dónde están los alemanes?». La respuesta fue un desenfadado «¡Uf, muy lejos!». Entraron en los suburbios serpenteando entre el tráfico rodado, pero en cuanto divisaron el gran puente sobre el Dvina pisaron el acelerador a fondo. El primer camión llegó al otro lado; el segundo fue increpado por un soldado ruso y disparó con sus ametralladoras. Se desató un tiroteo al otro lado del puente. En cuanto se vieron fognazos despuntar sobre la ciudad, los tanques alemanes dejaron de esperar y entraron en acción. Los comandantes cerraron de golpe las escotillas y mandaron avanzar sus panzers a la carrera. A las 8.00 de la mañana Leeb recibió el comunicado: «Ataque sorpresa de Dvinsk y

puentes del Dvina ejecutado. Puentes intactos». Éste era el tipo de guerra que los alemanes dominaban a la perfección: la *Blitzkrieg* o guerra relámpago, consistente en conseguir que el enemigo perdiera el equilibrio y mantenerse siempre un paso por delante de él. El comandante supremo del Grupo de Ejércitos estaba exultante: la cabeza de puente del Dvina representaba «una estaca en el corazón del enemigo». Ahora Leeb podía concentrarse en la Línea Stalin que tenía ante sí. Este largo cinturón de fortificaciones se había construido con considerable pericia técnica y, como dejaban claro sus informes de reconocimiento, constituía un baluarte formidable:

Se trata de una peligrosa combinación de construcciones de campaña de cemento, obstáculos naturales, trampas antitanque, minas, fuertes rodeados de fosos pantanosos, lagos artificiales alrededor de desfiladeros, trigales podados siguiendo la trayectoria del fuego de ametralladora. En toda su extensión, hasta la misma posición de los defensores, está protegida por un consumado camuflaje. A lo largo de un frente de 120 kilómetros se han construido más de diez barreras a prueba de obuses y bombas ligeras en posiciones de fuego elegidas con un criterio muy acertado.

Había que penetrar rápidamente aquella línea defensiva y, una vez más, Leeb confió la misión a sus panzers. Pero primero tenía que llegar la infantería.

La 58.º División de Wilhelm Lubbeck encabezaba la marcha del 18.º Ejército por el norte de Lituania. «Avanzamos pesadamente a pie un sinfín de kilómetros entre un calor sofocante y espesas nubes de polvo», recordó Lubbeck. «A lo lejos se oían sin cesar disparos y explosiones. En las acequias de riego y en los campos que cruzaba la carretera yacían, aún tibios, centenares de cuerpos contorsionados allá donde habían caído. Los tanques enemigos que dejamos atrás eran carcasas destruidas, que en muchos casos aún despedían un humo negro y grasiento.» Los aviones alemanes habían sorprendido en campo abierto a los soldados y los tanques del Ejército Rojo en plena retirada. «Aquellos ataques fueron especialmente devastadores cuando nuestros aviones barrieron carreteras atiborradas de hombres y vehículos rusos», continuó Lubbeck. «Lo destruyeron todo a su paso.»

A la vista de estas bajas, Lubbeck y sus compañeros reflexionaron sobre el significado de aquella gran guerra. La Unión Soviética ocupó los países bálticos en 1940; a la llegada de la división de Lubbeck, parte de la población les expresó su alivio y los recibió coreando «¡Liberadores!», lo que reforzó la sensación de los hombres de luchar por una causa justa. «Yo luchaba por mi creencia de que el comunismo soviético representaba una grave amenaza contra toda Europa y la civilización occidental», dijo Lubbeck. «Si no destruíamos la amenaza comunista, ella nos destruiría a nosotros.» Conocía la propaganda nazi que retrataba a los eslavos como *Untermenschen*, subhumanos, pero no creía que sus soldados profesasen aquellas creencias tan radicales. Con todo, añadió: «Para nosotros, los eslavos no eran una raza de seres humanos biológicamente inferiores, sino sencillamente los habitantes ignorantes de un país retrasado que estaba por civilizar».

En realidad, Lubbeck y sus hombres se encaminaban a una lucha mucho más tenebrosa y compleja de lo que podían entender. El 25 de junio, la avanzadilla del 16.º Ejército de Ernst Busch entró en Kaunas, la capital lituana. Les acompañaban comandos SS del recién formado *Einsatzgruppe A*, que estaba a cargo del general de la Policía Walter Stahlecker. Los *Einsatzgruppen* habían nacido poco antes de la invasión de Rusia. Su nombre significa «grupo de acción», y estaban designados oficialmente como destacamentos de seguridad para proteger el transporte de suministros militares y ejercer la función de policía de los territorios recién conquistados. Su misión no oficial consistía en asesinar judíos, comisarios y demás «indeseables».

Stahlecker, de 41 años, era un nazi que contaba con una buena educación y tenía una larga experiencia como jefe de policía. Recopiló un informe privado detallado sobre las actividades de su grupo. El 25 de junio entró en persona con su destacamento en Kaunas junto con soldados regulares del 16.º Ejército. Su intención era masacrar a la gran población judía de la ciudad. «Nuestras fuerzas de seguridad estaban decididas a resolver el problema judío con todos los medios que había a nuestra disposición, y tan rápido como fuera posible», afirmó. Pero sus hombres exhortaron a los lituanos a cometer los asesinatos propiamente dichos. «Al principio —continuó Stahlecker—, era preferible que nuestras fuerzas se mantuvieran en segundo plano,

ya que las duras medidas que planeábamos iban a inquietar a algunos círculos de opinión alemanes.»

Los comandos de Stahlecker incitaron a un grupo de partisanos lituanos a comenzar a reunir judíos. Esto sucedió a plena luz del día en las calles y las plazas de una ciudad bulliciosa, delante de las narices de la Wehrmacht. El 26 de junio más de un millar de judíos fueron concentrados y asesinados a palos en Lietukis, a menos de 200 metros del cuartel general del 16.º Ejército. Un gran número de soldados alemanes se quedaron contemplando el espectáculo. Nadie trató de detener la matanza.

Stahlecker había llegado a un acuerdo privado con el jefe del 16.º Ejército, el general Ernst Busch, que prometió que sus soldados no intervendrían en lo que se dio en llamar «actos espontáneos de auto-limpieza». El jefe del *Einsatzgruppe A* reportó que se asesinó a más de 3.800 judíos a sangre fría, para luego añadir: «Estas operaciones de auto-limpieza funcionaron sin problemas porque las autoridades del Ejército, que habían sido informadas de antemano, mostraron su comprensión». Un sargento de intendencia alemán de la 562.ª Compañía de Panadería recordó posteriormente: «Vi que reunían a toda aquella gente y tuve que apartar la mirada, porque los mataron a palos delante de nuestros ojos. Fue cruel y brutal. Muchísimos soldados alemanes y muchos ciudadanos lituanos se quedaron mirando. No expresaron aprobación ni reprobación: se quedaron inmóviles, totalmente indiferentes».

Aquello enfureció a los oficiales de la Wehrmacht que eran personas decentes. Franz von Roques, jefe de la Administración de Retaguardia del Grupo Norte de Ejércitos, inspeccionó en persona los escenarios de los sucesos y, más tarde, temiéndose que el general Busch fuera cómplice de la masacre, llamó directamente al mariscal de campo Von Leeb. La reacción de éste fue extremadamente defensiva. Escuchó a Roques y se limitó a decir que carecía de influencia alguna sobre aquellos acontecimientos y que lo único que podía hacerse era mantener las distancias. A principios de julio de 1941 visitó Kaunas el ayudante en jefe de Hitler, el coronel Rudolf Schmundt. Cuando se enteró de la masacre, dijo: «Los soldados no deberían preocuparse por estas cuestiones políticas; son unas operaciones de lim-

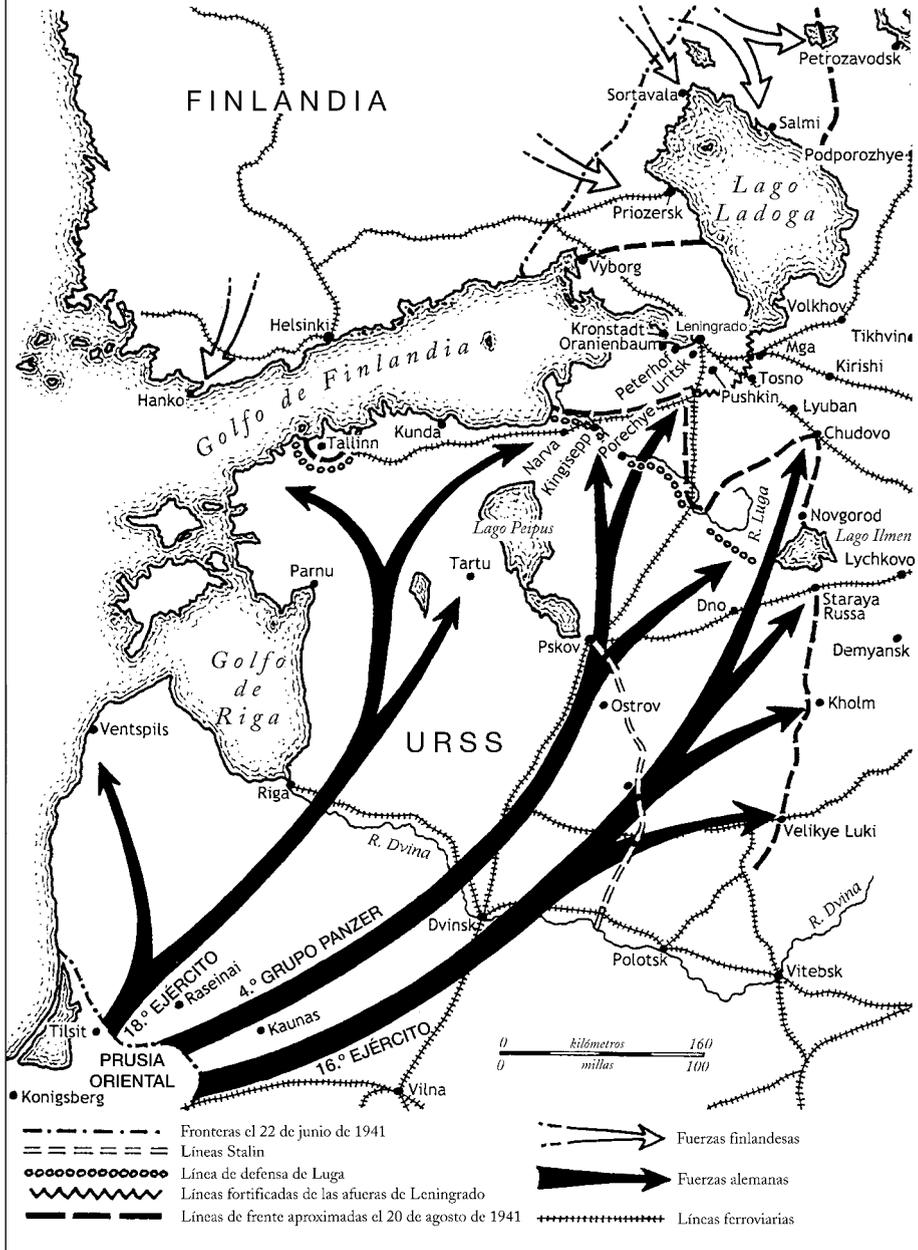
pieza necesarias». El Ejército alemán estaba bien enterado del asesinato en masa de judíos que se produjo en Kaunas a finales de junio de 1941. No hacer nada por impedirlo equivalió a ofrecer protección a los comandos SS y a sus cómplices. Este caso, en el que la Wehrmacht permitió a sabiendas una masacre, estableció un precedente terrible para sucesos que se desarrollarían posteriormente a una escala mucho más amplia.

El 1 de julio, Leeb visitó el 4.º Grupo Panzer del comandante general Hoepner. La moral estaba alta. A Leeb siempre le gustó hacer énfasis en la importancia de la velocidad. «¡Adelante!», decía. «No os paréis por nada. Cuando hayáis logrado echar atrás al enemigo, no dejéis nunca que el enemigo se recupere.» Hoepner aplicaba con entusiasmo este principio. Durante la primera guerra mundial sirvió en caballería, y ahora, a sus 55 años, era general y uno de los mayores defensores de la guerra relámpago de blindados; recibió el mando de su primer cuerpo de panzers en 1938. Al principio, Hoepner fue crítico con la agresiva política exterior de Hitler, pero todo cambió tras la dramática victoria del Führer sobre Francia en 1940. Ahora contemplaba la incipiente campaña rusa con un celo mesiánico.

Cuando sus panzers se desplazaban a toda velocidad hacia el este, el jefe del 4.º Grupo Panzer envió una orden operativa a sus soldados en la que recalca ciertos «principios fundamentales» sobre cómo debían librarse las futuras batallas. «La guerra contra Rusia es una parte vital de la lucha del pueblo alemán por su existencia», aseveraba. «Es el viejo combate entre alemanes y eslavos, la defensa de la cultura europea contra la moscovita: la avalancha asiática y la repulsa del bolchevismo judío.» Y continuaba: «El objetivo de esta guerra debe ser la destrucción de la Rusia de hoy, y por este motivo debemos librarla con una dureza jamás vista. Cada choque de fuerzas, desde su concepción hasta su ejecución, debe ir guiado por una férrea determinación por aniquilar completamente al enemigo. No debe haber compasión por los dirigentes del actual sistema ruso bolchevique».

El grupo de Hoepner estaba organizado en dos cuerpos —XLI y LVI— y una reserva operativa. Bajo él tenía a dos hombres extremadamente capaces. El general Reinhardt, de 54 años, comandaba el XLI Cuerpo y era un líder gallardo y entusiasta que había ganado re-

# AVANCE ALEMÁN SOBRE LA CIUDAD junio-septiembre de 1941



nombre en la campaña polaca de 1939 doblegando las defensas de Varsovia con sus panzers, victoria que le supuso una Cruz de Caballero. Ahora, Reinhardt quería repetir la gesta con una presa muchísimo más importante: la ciudad de Leningrado.

El general Erich von Manstein, de 53 años de edad, comandaba el LVI Cuerpo y era uno de los oficiales con más talento de la Wehrmacht. Para la invasión de Francia en Manstein diseñó un plan de ataque radical —la operación Golpe de Hoz— consistente en lanzar una fuerza masiva de panzers desde los bosques de las Ardenas hacia los puentes sobre el Meuse para atacar por sorpresa el flanco de las fuerzas francesas destacadas en el norte. En Barbarossa, Manstein volvió a esgrimir la hoz: su LVI Cuerpo avanzó unos trescientos kilómetros en tan sólo cuatro días para tomar los cruciales pasos sobre el río Dvina. El triunfo lo dejó exultante. «Es improbable que vuelva jamás a vivir algo comparable a este embate tan impetuoso», escribió. «Ha sido el sueño de cualquier comandante de blindados hecho realidad.»

Hoepner, Reinhardt y Manstein se reunieron en un clima de excitación, ya que una nueva oportunidad se abría ante ellos mientras estudiaban sus mapas. La cabeza de puente del Dvina se había ampliado y habían llegado suministros. Se presentaba la ocasión de abalanzarse sobre las ciudades de Ostrov y Pskov dando un salto de 250 kilómetros con sus tanques y, así, abrir un boquete en la Línea Stalin.

El 2 de julio, los panzers salieron a toda velocidad. El 4 de julio, Reinhardt ya había capturado Ostrov; más al sur, alcanzaba la antigua frontera ruso-letona. El Ejército Rojo era incapaz de reaccionar a la velocidad necesaria para detenerles. Los rusos enviaron refuerzos a Ostrov, para encontrar la ciudad en manos alemanas. Cuando llegaron más monstruosos KV-2, los alemanes tenían sus cañones anti-tanque preparados con obuses capaces de penetrar en hormigón. En esta dramática emboscada sucumbieron más de 140 tanques rusos, y el 8 de julio, los panzers arrollaron las defensas rusas restantes y llegaron a Pskov, con lo que abrieron una brecha en la Línea Stalin. Leeb envió un comunicado eufórico a sus soldados: «Los intentos del enemigo por construir un frente defensivo en la vieja frontera rusa han fracasado. Nos hemos abierto paso. ¡El Grupo Norte de Ejércitos sale al ataque hacia Leningrado!».

Joseph Goebbels estaba con Hitler cuando las noticias de la victoria de Leeb llegaron a la Guarida del Lobo. «Nadie duda de que triunfaremos en Rusia», escribió en su diario. «Del bolchevismo no quedará piedra sobre piedra.» Luego, utilizando deliberadamente el nombre de Leningrado anterior a la revolución, añadió crudamente: «El Führer tiene la intención de borrar del mapa ciudades como Petersburgo».

Parecía que los alemanes compitiesen en una carrera de relevos. Hoepner enviaba ahora adelante a sus tanques en un nuevo alarde de audacia. El 11 de julio, el XLI Cuerpo había salido de Pskov y se había abierto camino por el difícil terreno del este del lago Peipus y tomó la ciudad de Lyady y su puente sobre el Narva. La noche del día 13, el coronel Erhard Raus y sus tanquistas estaban terminando de cenar y concediéndose un merecido descanso cuando se presentó el general Reinhardt y, charlando con los soldados, les explicó que, como habían avanzado tan rápido, tenían la oportunidad de traspasar por las cercanías de Porechye la línea del río Luga: la última gran posición defensiva rusa antes de Leningrado. Todos estaban exhaustos, pero, como recordó Raus, el entusiasmo de su jefe era contagioso: «Con su grito de batalla de “¡Abramos las puertas de Leningrado!” Reinhardt encendió una llama en el corazón de cada uno de los soldados, que olvidaron su cansancio». A la caída del atardecer, los motores de los panzers volvieron a crepitar.

Las fuerzas de Reinhardt avanzaron durante la noche y, a la mañana siguiente, apretaron el paso. Había una buena carretera rodeada de pantanos a ambos lados y, cuando la columna aceleró la marcha, aparecieron aviones rusos. Los pilotos soviéticos no podían creer a sus ojos. Sabían que el 18.º Ejército de Küchler, más al noroeste, se había estancado al chocar con una fuerte resistencia del Ejército Rojo en Narva. Al sur, unos encarnizados combates retenían a Manstein y el resto del 4.º Grupo Panzer cerca de Luga. Había divisiones del Ejército Rojo apostadas a ambos lados del pantano. Les resultaba incomprendible que los alemanes hubiesen logrado colarse por detrás de sus posiciones; ¿no serían tanques rusos que se replegaban? Los aviones se alejaron; al cabo de dos horas, aparecieron más naves. Hicieron señales y dejaron caer folletos para pedir que identificasen la

unidad a la que pertenecían. Los panzers continuaron avanzando. Llovieron más hojas de papel, que ahora decían: «Identifíquense o abriremos fuego». Los tanques aceleraron entre el diluvio de octavillas. Los aviones rusos describieron un círculo y se marcharon, sin salir de su asombro.

Ya de noche, los primeros tanques alcanzaron los puentes sobre el río Luga. Los guardianes rusos huyeron aterrorizados. A las 10.00 de la noche se transmitió por radio un mensaje triunfante a Reinhardt: «Cabeza de puente establecida; las puertas de Leningrado están abiertas».

En la sensacional marcha de Pskov a Porechye, a la otra orilla del río Luga, los panzers habían avanzado casi doscientos kilómetros más. En tan sólo tres semanas de combate habían cubierto cerca de ochocientos kilómetros; faltaban poco más que otros cien hasta Leningrado. Pero la resistencia soviética se estaba intensificando, y la vertiginosa velocidad del avance alemán implicaba que sus posiciones se estaban espaciando peligrosamente.

Ahora el terreno era difícil y detuvo el impulso del 4.º Grupo Panzer. Los tanques de Reinhardt estaban atascados al otro lado del Luga, y necesitaban refuerzos. Pero el 18.º Ejército de Küchler se quedó estancado al norte del lago Peipus, donde topó con una fuerte defensa en la posición rusa de Narva. Al sur, los acorazados de Manstein había entrado en una extensión muy mal cartografiada de pantanos desolados y no podía acudir en ayuda de Reinhardt. En su avance por los páramos situados entre OPOCHKA y Novgorod, su columna se estiró a lo largo de la única carretera importante de la región, a unos cien kilómetros de Reinhardt. En aquellos parajes cada vez más inhóspitos compuestos de ciénagas y lagos, los panzers de Manstein estaban fuera del alcance de las líneas de suministro y sólo podían recibir alimentos, munición y combustible lanzados con paracaídas. Los rusos lanzaron cuantas fuerzas poseían contra el flanco descubierto de los alemanes. Aislaron la 8.ª División Panzer —la vanguardia de la columna de Manstein— del resto del cuerpo, y explotaron a su favor las dificultades del terreno, que dejaba sin libertad de movimientos a los blindados. De pronto, los alemanes luchaban por sus vidas. El informe operativo de una unidad —la 3.ª División de Infantería Moto-

rizada— revela que en un solo día repelieron como mínimo 17 ataques de infantería y que incluso sus artilleros se encontraban luchando en la línea del frente. Fue toda una sorpresa para aquellos soldados dotados de tanta formación técnica, que estaban acostumbrados a una contienda muy mecanizada. El 15 de julio, el jefe de una batería alemana, el teniente Alfred Hederich, se encontró atascado en un remoto claro del bosque cercano a OPOCHKA. Sólo había una carretera, y de mala calidad, flanqueada por pantanos impracticables. Para proteger a sus hombres de un ataque por sorpresa ordenó la construcción de planchas de madera sobre el borde del pantano para poder apostar centinelas. Pero, de alguna forma, la infantería rusa logró infiltrarse en sus posiciones.

Comenzó una serie de ataques de infantería en masa. Los artilleros alemanes cayeron acribillados antes de llegar a sus cañones. Hederich reptó hasta llegar a ellos y comenzó a disparar; pronto empezaron a explotar obuses de diez centímetros entre la oleada de atacantes. La primera línea de enemigos fue aniquilada al borde del claro. Pero ahora los rusos habían colocado en posición sus ametralladoras pesadas y el escudo del cañón de Hederich comenzó a quedar marcado por balazos. Luego una docena de soldados rusos avanzó a rastras hasta diez metros de donde estaba él, se pusieron en pie de un salto y arremetieron. Armados con lo primero que encontraron a mano —palas, pistolas y bayonetas— Hederich y sus hombres se batieron con ellos cuerpo a cuerpo a la desesperada.

Dieron muerte a cuatro rusos, y el resto se escurrió entre la vegetación. El combate continuó con frenesí. Los alemanes habían agotado casi toda su munición, y los conductores de tractores y demás personal de servicios generales se vieron apremiados a entrar en combate. Casi todo el mundo estaba herido. Cuando ya parecía no quedar ninguna esperanza, llegaron refuerzos por pura casualidad. Un pelotón alemán de motocicletas que estaba recorriendo la carretera había visto lo que estaba pasando y atacó por sorpresa el flanco de los rusos, que se retiraron. Fue todo un golpe de suerte para la maltrecha unidad de Hederich.

Los sangrientos combates del pantanal detuvieron a las fuerzas de Manstein. Su avance se atascó en la zona comprendida entre los grandes lagos de Peipus e Ilmen, la histórica región de Ingermannland: la

frontera que en la Edad Media separaba a los caballeros teutones de los rusos. Los primeros fueron colonizadores implacables y llenos de desprecio por el pueblo que habían conquistado. Pero la expansión de su imperio militar se interrumpió bruscamente en este inhóspito territorio donde terminaron viéndose superados por un enemigo muy numeroso. Durante algunos días angustiosos, los lastimados combatientes de la 8.<sup>a</sup> División Panzer debieron preguntarse si la historia estaba repitiéndose.

Manstein envió refuerzos y pudo abrirse camino hasta su vanguardia, y con su habilidad logró salvar la situación. Pero el alto mando de la Wehrmacht cayó en la cuenta de que su Ejército estaba demasiado tenso y no se encontraba en posición todavía de atacar Leningrado. Aunque Reinhardt mantenía una cabeza de puente vital sobre el Luga, no podía emprender ningún nuevo avance porque sus fuerzas blindadas operativas habían quedado reducidas a poco más de cincuenta tanques. La dotación de carros del propio Manstein también había quedado gravemente debilitada y, cuando rescató a los panzers de la 8.<sup>a</sup> División, más de la mitad de sus vehículos estaban fuera de servicio. Los combates de mediados de julio convencieron a los alemanes de que, en lugar de continuar avanzando a toda prisa, necesitaban reforzar sus posiciones y reunir unos refuerzos y suministros vitales.

El 19 de julio, Hitler emitió la Directiva 33 sobre «La continuación de la guerra en el este». En dicho texto pasó revista a los triunfos del mes anterior y rindió homenaje a los méritos de Leeb. «Una serie de batallas ha culminado con la penetración en la Línea Stalin y una profunda acometida realizada por nuestras fuerzas blindadas», anunció. Sin embargo, el Führer juzgó que ahora era necesario consolidar adecuadamente aquella posición de ventaja. «El avance sobre Leningrado sólo proseguirá —continuó—, cuando el 18.<sup>o</sup> Ejército alcance al 4.<sup>o</sup> Grupo Panzer y el flanco sur [del Grupo de Ejércitos] esté bien protegido por el 16.<sup>o</sup> Ejército».

«Por primera vez desde el principio de la campaña topamos con una oposición enemiga consistente», escribió Wilhelm Lubbeck aquel mismo día. El 18.<sup>o</sup> Ejército chocó con tropas rusas que intentaban retirarse a Leningrado desde los países bálticos. Los combates se endurecieron y algunos miembros del Grupo Norte de Ejércitos comen-

zaron a cambiar de opinión sobre sus adversarios. Max Simon, capitán de la División Totenkopf que acompañaba al grupo de blindados de Manstein, quedó desconcertado ante la nueva determinación del enemigo. La tenacidad de su resistencia en un terreno atroz le sorprendió sobremanera e incluso le impresionó. Sin embargo, no dejó de tratar de denigrar al bando contrario y proclamó ante sus hombres: «Los rusos son unos bandidos que los comisarios bolcheviques y los fanáticos oficiales del Ejército Rojo han puesto frenéticos». En sus comunicados reconocía la resolución de sus enemigos, pero la atribuía a la inferioridad innata de los eslavos: «La frugalidad nativa de los rusos y los asiáticos permite restringir al mínimo la cadena de abastecimiento de sus tropas de combate y también hace posible explotar la fuerza del individuo en una medida que resulta increíble para los europeos». Aquí, la retórica anticomunista abre paso a la ideología racista sobre la que se justificaba la invasión germánica, según la cual los eslavos eran una raza inferior y, si eran unos oponentes formidables, se debía a su salvajismo: su indiferencia a las condiciones meteorológicas, su forma de vida incivilizada y su astucia es lo que los convertía en adversarios formidables: «Al cruzar en vehículo un pueblo aparentemente desierto, los oficiales alemanes habrían jurado que allí no quedaban soldados ni habitantes, pero las tropas que les seguían chocaban con una posición fortificada y defendida por un regimiento de infantería reforzado por todas las armas. La posición estaba tan bien camuflada y los soldados rusos se habían quedado tan quietos que, al pasar, los oficiales no habían visto nada». Esta «astucia animal» no debía subestimarse, y Simon advirtió especialmente acerca del riesgo de enredarse en una guerra de desgaste con un enemigo ruso bien defendido:

Se fundían con el terreno y podían atrincherarse a una velocidad pasmosa. Sus posiciones defensivas eran sencillas y efectivas. Colocaban bien las ametralladoras y los cuarenta o cincuenta francotiradores que había en cada compañía recibían las mejores posiciones. En las trincheras contaban con morteros de todos los calibres y los utilizaban en conjunto con lanzallamas, que a menudo estaban equipados con control remoto, de forma que quienes les atacasen se sumergían en un mar de

fuego. Había tanques bien camuflados para lanzar contraataques o atrincherados a intervalos. Se trataba de una defensa en profundidad, protegida por alambradas de espino y numerosos campos minados.

A medida que los combates se intensificaron, el comportamiento de las fuerzas alemanas hacia sus oponentes comenzó a degenerar, y en ocasiones hubo incluso fusilamientos indiscriminados de prisioneros desarmados. La incesante propaganda nazi estaba surtiendo efecto. En ciertos casos, la conducta de los soldados fue perjudicial para sus propios intereses. El 5 de julio el 16.º Ejército se vio obligado a ordenar que «no se debe atacar ni fusilar a los prisioneros de guerra una vez que estén organizados en batallones de trabajo». Menos de dos semanas después, la 12.ª División de Infantería tuvo que reiterar la prohibición de «finiquitar» a los prisioneros. Empezaba a emerger un auténtico odio racial. Se obligó a muchos soldados del Ejército Rojo capturados a realizar marchas forzadas de centenares de kilómetros hacia campos situados en la profundidad de la retaguardia; miles de ellos murieron de hambre o cansancio en el camino. El 31 de julio, el 16.º Ejército prohibió a los jefes de división que transportasen prisioneros en trenes que regresaban vacíos del frente por miedo a que «contaminasen y ensuciasen los vagones». El general de la policía Walter Stahlecker había organizado los asesinatos en masa de judíos en Lituania, Letonia y Estonia, pero ahora que se hallaba en suelo ruso quería ampliar lo que denominaba «la lucha contra las alimañas». El 17 de julio se ampliaron los objetivos de su *Einsatzgruppe A* y, además de judíos y comisarios, pasaron a incluir a todos los funcionarios importantes del estado soviético, las autoridades locales y las principales personalidades del mundo de los negocios y los intelectuales. Stahlecker estaba frustrado porque, debido a las grandes distancias, la mala calidad de las carreteras rusas y la escasez de vehículos y combustible, «iba a ser necesario un enorme esfuerzo para llevar a cabo estos fusilamientos».

Pero el 4.º Grupo Panzer de Hoepner acudía al rescate. «La cooperación entre las fuerzas armadas y mi *Einsatzgruppe* fue, en general, buena —observó Stahlecker—, pero las relaciones con el comandante general Hoepner fueron especialmente estrechas y cordiales». Hoep-

ner ya había advertido de que la guerra contra el bolchevismo se libraría con una «dureza jamás vista». Cuando las tropas de Reinhardt ganaron la cabeza de puente del Luga, el punto de partida para el asalto a Leningrado, el escuadrón exterminador de Stahlecker se unió a ellas. «Cuando se decidió acercar las fuerzas alemanas a Leningrado», recordaba Stahlecker,

Me pidieron que ampliase las actuaciones del *Einsatzgruppe A* en preparación para la entrada a la ciudad. Por consiguiente, el 18 de julio de 1941 ordené a los Destacamentos de Acción 2 y 3 y al Estado Mayor de mi grupo que se trasladasen al distrito de Luga para prepararse para estas actividades y para avanzar lo más pronto posible sobre los suburbios de Leningrado y, por último, sobre la propia ciudad. El movimiento del *Einsatzgruppe A*, que el Ejército tenía planes de usar en Leningrado, se efectuó con la conformidad del 4.º Grupo Panzer y en respuesta a su petición expresa.

El informe de Stahlecker mostró que a finales de julio de 1941 Hoepner todavía tenía esperanzas de atacar y capturar Leningrado. Durante los preparativos, se pidió al *Einsatzgruppe A* que recabase información sobre los habitantes más prominentes de la ciudad y luego se despachó a los escuadrones de exterminación junto con el Ejército. Mientras tanto, observó Stahlecker, se llevó a cabo el acordado «trabajo de limpieza» en connivencia con el 4.º Grupo Panzer, aunque las oportunidades para hacerlo eran limitadas «porque todos los vehículos habían sido requisados para el avance previsto hasta Leningrado». Una operación que llegó a celebrarse comportó la ejecución de varios centenares de pacientes indefensos de un sanatorio mental que el ejército necesitaba como cuartel.

A quien le desagradasen tales actividades, el general Von Mansstein advertía secamente: «El sistema judío-bolchevique debe erradicarse de una vez por todas. Nunca debemos permitir que vuelva a inmiscuirse en el área de influencia de Europa. Los soldados alemanes que participan en esta guerra son portadores de un mensaje étnico».

Los alemanes continuaban creyendo que tenían Leningrado a su alcance. Sabían que la mala coordinación entre la infantería, los tanques y el apoyo aéreo de los rusos jugaría mucho en su favor durante la batalla

por la ciudad. Un enfrentamiento en la cabeza de puente del Luga llamó la atención del coronel Erhard Raus. El asalto soviético estaba bien pensado, y al principio avanzó de una forma de lo más amenazadora, con los tanques apoyados por masas de infantería. Los alemanes utilizaron en seguida cañones antiaéreos, y se desató una batalla muy dura y confusa. En el caos de los rápidos combates. De pronto Raus observó que sus adversarios se desorientaban. Los tanques se separaron de la infantería, cuyas formaciones perdieron cohesión. La falta de experiencia de combate del enemigo se reveló en «un indeciso ir y venir corriendo en todas direcciones». El ataque se desmoronó por completo.

Gracias a la pausa del avance alemán, los rusos habían recibido refuerzos. Raus mantenía un pequeño reducto que las fuerzas soviéticas hostigaban sin cesar. Pero en ningún momento perdió la fe en sus posibilidades. Creía que la experiencia de la Wehrmacht compensaba con creces la superioridad numérica del Ejército Rojo.

El 18.º Ejército alemán se apresuraba ahora en dirección a la cabeza de puente de Reinhardt sobre el Luga, preparado para atacar Leningrado desde el suroeste. El 16.º Ejército se desplazaba hacia el sur, en dirección al lago Ilmen, para proteger los flancos de su avance. Los rusos se obstinaban en reforzar el resto de la línea defensiva del Luga con todos los medios de que disponían; construyeron enormes terraplenes y zanjas y reclutaban a la milicia obrera para sumar sus efectivos a las fuerzas del frente.

El 8 de agosto de 1941, los panzers de Reinhardt recibieron el orden de avanzar. A las 8.00 de la mañana salieron del Luga bajo una intensa lluvia. El mal tiempo imposibilitaba la cobertura aérea, y había dos divisiones de fusileros rusos esperándoles. La ofensiva se ralentizó, y el aumento de las bajas casi provocó su anulación.

En aquel momento, el *Einsatzgruppe A* del general de policía Stahlecker «se asoció al 4.º Grupo Panzer» y se sumó al combate en primera línea. Hasta el 14 de agosto no lograron acabar con la línea de fortificaciones enemigas y salir a terreno abierto. Pero el 18.º Ejército de Kűchler llegaba para unírseles, y los esperados blindados de Manstein también se aproximaban. De pronto, llegó una preocupante amenaza contra la posición alemana desde un lugar totalmente imprevisto.